

Núñez

Escribe: FELIPE ANTONIO MOLINA

De tarde en tarde y dentro de modestos despliegues tipográficos, la prensa nacional suele conmemorar los aniversarios de la muerte de Rafael Núñez. Para la mayoría de los colombianos, Núñez sigue siendo —simple, escueta, escandalosamente— un ciudadano liberal-radical que se tornó conservador. Un tráfuga. La especie la sostiene un liberalismo colérico y la desvirtúa un conservatismo sonriente, con el eufemismo positivo de un juego verbal que denomina evolución lo que otros apellidan, con siniestro rechinar de dientes, una puñalada política por la espalda. En la parte y en la contraparte conceptual, todo se reduce a esto, en suma: a un juicio político condicionado al volumen de beneficio o de adversidad que Núñez produjo para esta o aquella facción, para tales o cuales intereses de partido. En una u otra forma, Núñez entra en la historia de Colombia marcado con un estigma trágico. El propio partido conservador no lo recibe sin beneficio de inventario. En el balance humano del nuñismo los unos asumen el activo de poder y los otros el pasivo delictuoso que figura —a través de las deformaciones interesadas— el total espíritu del hombre. Núñez aparece perdido, en el trasmundo de su mortal silencio, entre una niebla sucia de rencores violentos y de aplausos equívocos. No existe, ni creo que podrá existir jamás, el culto, la religión heroica de Núñez. Fue —¡no más!— un varón para el odio. Y esto, que lo dignifica y engrandece como hombre, arroja toda la medida de un país inculto y elemental.

Núñez cierra para el país, al cabo de la dolorosa y alocada experiencia de Tomás Cipriano de Mosquera, la dura etapa de la consolidación política, el final de la aventura de las ideas. Infortunadamente fue un ajuste en falso y el comienzo de una ordenada y presuntuosa inestabilidad, convertida en sistema. Por ello, al correr de los años, Núñez se convierte —¡horror de los horrores!— en una biblia acomodaticia, dejada al arbitrio de interpretación de escoliastas sutiles y de combatientes acerbos. Arrojarle a la cara fragmentos dislocados de "La Reforma", se ha vuelto para los colombianos un monótono deporte, viejo ya, de setenta años. Todo cuanto de triste y menesteroso alienta en el fondo de nuestras luchas cívicas, se ha servido del pro y el contra de Núñez a su antojo. Como no tenemos fe sino pasiones absurdas, hacía falta un punto de referencia para amojonar la controversia. Ese fue Núñez: un ideal a la medida. Todo lo patético y extraordinario del XIX no podía liquidarse para nosotros sin un gran drama inútil. Así se estructuró la Carta del 86, se realizó la

marcha de Rafael Reyes sobre Enciso y se acopiaron todos los materiales disparatados para la enorme iniquidad de la guerra de los mil días, obras todas ellas de una pasión sin freno, a las que las gentes de Colombia apenas sí aportaron su proverbial criterio de insularidad y la suma inquietante de sus aberraciones políticas. Por el telón de fondo de tales episodios, pasa y repasa la sombra mediatunda de Rafael Núñez. Es el patrono laico de una religión diabólica. Su destino —el de un hombre fundamentalmente sereno y sobrio— es, por extraña paradoja, el de suscitar los más frenéticos desacuerdos.

Hay todavía gentes que andan preguntándose si Núñez fue liberal o conservador. En realidad la incógnita consiste en poder determinar hasta qué punto podía ser lo uno o lo otro. Toda la confusión nace de la pretensión de encasillar a Núñez como gregario político. Es el propio error que ha venido cometiéndose con Simón Bolívar, con Julio Arboleda, con Mosquera, con cuantas individualidades fuertes ha dado de sí el país. El genio político —también paradójicamente— no tiene partido. Es un creador de fórmulas, que se alimenta con el fruto acerbo de la profecía. Va más allá de las pautas y de los programas, porque sabe cómo concebirlas y realizarlos. Núñez fue, para decirlo de una vez, en la forma y en la substancia, esto, un radical que dejó atrás a todos sus posibles congéneres, porque era la reacción sin ser un reaccionario. En él se fijaba todo lo exacto de una posición ideológica avasalladora, mas sin concesiones a ningún régimen de milicia programática. ¿Cómo diré? Era todo aquello que en Colombia nunca hemos logrado concebir en su esquelética justeza, en su desollado organismo, en su virtud creadora y dignificante. ¡Era la revolución! Fue una de las pocas y efectivas posibilidades revolucionarias —frustrada por desgracia— de que la nación pueda hoy envanecerse. Con Núñez se cancela un ciclo histórico y podía comenzar otro, que no comenzó nunca. A espaldas de Núñez debía quedar una etapa de interpretación colonial de nuestra historia, para abrirse, frente a él, el panorama, ancho y fértil, de una república sin complejos. Pero no fue así. No podemos quejarnos. Logramos que Núñez —el sentido de Núñez— no existiera para nosotros, y continuamos siéndole fieles a una tradición de pequeñez y parroquia. Nos alarma un repique de campanas y un discurso retórico nos descoyunta de gozo. Sobre tales fundamentos se entroniza el fetiche y canta el fanático su canción de muerte y exterminio.

Desde el ángulo visual de setenta años de horizonte, el juicio tiene que ser necesariamente parcial e inexacto hasta cierto punto sobre los hombres y los hechos. Mas para juzgar a Rafael Núñez tenemos algo más que el hombre y su visión profética. Están todos nuestros errores, nuestras inquietudes, zozobras y angustias. Pero, ¿esto qué importa? Hace un tiempo, comunicaba un corresponsal que, el pedestal de la estatua de Núñez había amanecido cubierto de palabras infames. Y durante mucho tiempo tendremos que soportar que ese sea nuestro fallo. Hasta el día en que la revolución se haga y "la reforma" se produzca.